

«HONOR, gloria y riqueza serán la recompensa de vuestras fatigas; sobre todo, no dejéis de purgar al país de esos ganapanes fanáticos que incitan a los pueblos contra nosotros. Semejantes monstruos deben ser sofocados, como yo lo hice con Miguel Servet, español».

(De Calvino al marqués de Poët. 30 de septiembre de 1561. Citado por Voltaire.)

«Libertas conscientiae diabolicum dogma».

(Teodoro de Beza.)

«Y estalló una guerra en el cielo».

(Apocalipsis. Citado por Servet en la primera página de su «Christianismi Restitutio».)

«Parecerá un poco arbitrario definir a España como la tierra de los cuatro Migueles (Servet, Cervantes, Molinos y Unamuno). Sin embargo, mucho más arbitrario es definir a España, como vulgarmente se hace, descontando a tres de ellos, por heterodoxos, y sin conocer a ninguno de los cuatro».

(Antonio Machado.)

Alrededor de un monumento

Marzo de 1971. Estamos en el Parque Municipal Claudius Montessuit, de Annemasse (Alto Saboya), a dos pasos de la frontera con Suiza y de la ciudad de Ginebra. Bajo un fuerte viento alpino —¡la bisel, ¡la bisel!— y a quince grados bajo cero. A pocos pasos de la verja, a la entrada...

Este lugar, ¡tan real!, es el sitio (imaginario) del comienzo de una pieza teatral que uno escribió hace ya algunos años, y que aún hoy permanece casi mundialmente desconocida: Unos soldados alemanes derribaban la estatua de Miguel Servet para fundirla y, convertida en armamento, «guardar el orden público». Etcétera, etcétera.

¡Y, sin embargo, la estatua está aquí! ¡Esta figura sedente, estas manos que se abrazan, que se estrechan con desesperación, este rostro torturado en el bronce!

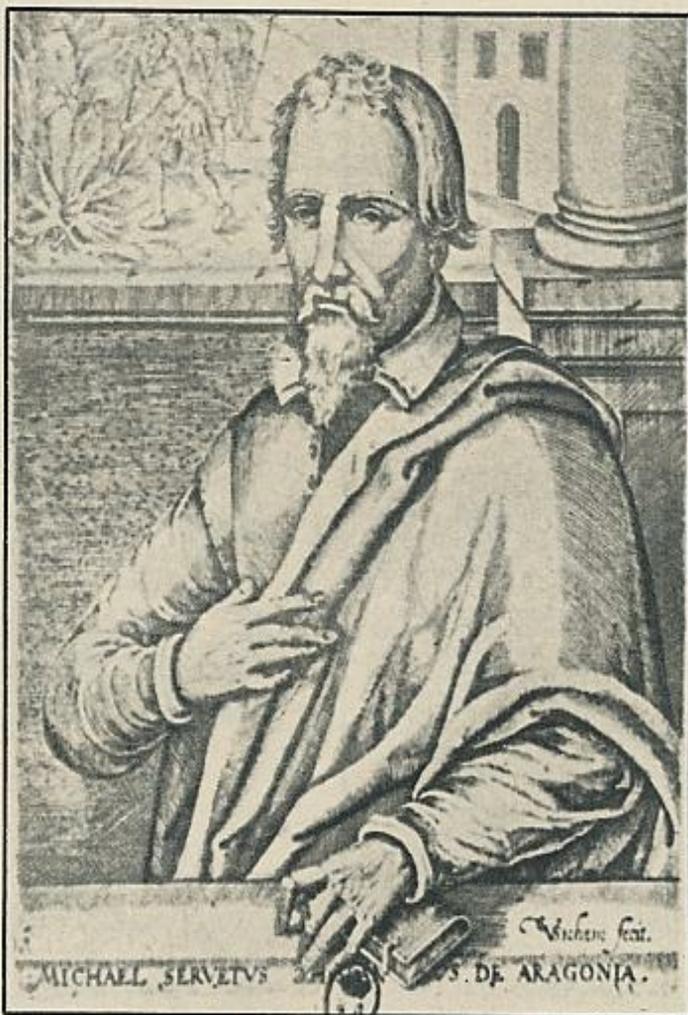
Leamos su inscripción delantera y hasta la transcribimos bajo el frío mortal de esta mañana de marzo. Dice así:

A
Michel Servet
Apôtre de la libre croyance
né a Villeneuve d'Aragnon le
29 septembre 1511
brûlé en effigie à Vienne
par l'Inquisition Catholique
le 17 juin 1553
et brûlé vif à Genève
le 2^e octobre 1553
à l'instigation de Calvin.

Rodeamos la estatua para recoger lo que ella tiene de breve biografía grabada en esta piedra: Michel Servet, hellénista, géographe, médecin, physiologiste, a bien mérité de l'Humanité par ses découvertes scientifiques, son dévouement aux malades et aux pauvres, l'indomptable indépendance de son intelligence et de sa conscience. Y al otro lado: Enfermé dans une prison humide, malade et privé de tout secours Servet écrivait à ses juges: «Je vous supplie qu'il vous plaise abréger ces grandes dilations. Vous voyez que CALVIN pour son plaisir me veut ici faire pourrir en la prison, les poux me mangent vif, mes chaussons son déchirés et n'ai de quoi changer ni pourpoint ni chemise qu'une méchante...».

A los pies de la figura leo los siguientes sellos o contrastes: «Clotilde Roch, Genève» y «Cire perdue, M. Pastor, Genève, Suisse». El primero es el nombre de la escultora que la hizo a principios de siglo. Pero entonces...

¿Entonces no hubo tal destrucción



SERVETUS O EL ESPAÑOL ERRANTE

del monumento? ¿La imaginación voló, como se dice, arbitrariamente o trabajó mal documentada? La trasera del monumento nos explica suficientemente lo sucedido, en un texto que seguramente se transcribe ahora por primera vez:

Erigée une première fois en 1908
livrée aux Allemands en 1942
cette statue
a été rétablie par souscription publique
et inaugurée à nouveau le 4 septem-
bre 1960.

El más reciente biógrafo —y, por cierto muy documentado, aunque hemos podido advertir algunas notables lagunas en su bibliografía, que señalaremos al final de este artículo— de Miguel Servet tendrá que revisar seguramente el capítulo XXI de su libro («Miguel Servet, su vida y su obra», por José Barón Fernández), a la vista

de estos datos. En este libro se transcriben unos textos (con una cita de Voltaire) que no coinciden con los actuales, y se da una curiosa versión de la destrucción de la estatua, transmitida, según nos informa, por el doctor Somolinos, el cual dice haber oído a los habitantes de Annemasse que la existencia del monumento a Servet perturbaba la venta de legumbres y aves a la ciudad de Ginebra, lugar de la combustión del español, y que por eso —por evitar el «boicot»— había sido destruido. Entonces, ¿a qué su reconstrucción? ¿Los ginebrinos habrían levantado, unos años después, el «boicot»? La historia es, sin duda, diferente: Si es cierto, como se ve, que los alemanes no la desmontaron materialmente —y póngase el prólogo de la obra teatral citada en la cuenta de la imaginación creadora...—, también es cierto que les fue entregada por las autoridades locales dependientes del

Gobierno de Vichy, como se hizo con otras muchas en otros lugares para su fundición y transformación en material de guerra. Además, el señor Barón Fernández tendrá que revisar las fechas de retirada y reinauguración del monumento; cuya reconstrucción, en efecto, fue posible, como muy bien dice el citado autor, por «haber sido encontrados los moldes en casa de los descendientes de la escultora».

Pero basta de estatuas... ¿Quién fue y cómo era, en realidad, Miguel Servet? Hemos de renunciar, desde luego, a su imagen física. El grabado que se viene reproduciendo con variaciones como su effigie, originariamente realizado en cobre, se hizo por Cristóbal de Sicheo, en Amsterdam, con bastante posterioridad a lo que alguien (el anabaptista David Joris) llamó «el injusto incendio de Servet». Que el joven Sicheo o, mejor dicho, Sicheo el Joven, trabajara sobre un «retrato robot» procurado por alguien que hubiera conocido a Servet en vida, es una posibilidad que no hay que desechar, pero no parece lo más probable. Uno se lo imagina cojeando quizá por causa de su hernia —cortado de un lado (se supone que carecía de un testículo, por causa de una operación sufrida cuando tenía cinco años) y roto del otro (herniado)—, y poca cosa más puede imaginarse con algún grado de certidumbre. Desde Menéndez Pelayo a Stefan Zweig se ha asimilado su persona a la del Caballero de la Triste Figura, y por ahí entran Gustavo Doré y otros ilustradores del «Quijote» en la inspiración de la posterior iconografía de Servet.

En el que es de ver una imagen arquetípica del español errante —ya que no, como otros lo son, del «peregrino (extraño, raro) en su patria» o «exiliado interior», y del hombre secreto o clandestino, condición esta a la que, en general, no se le ha dedicado la atención que merece; tampoco nosotros lo hicimos a pesar de haberlo proyectado, no se sabe si por falta de tiempos o de talentos, o de ambas difíciles circunstancias y condiciones.

Miguel Servet hombre que huye y que no cesa

Buscado por la Inquisición española, que destacó a su propio hermano, moisés Joan Servet, a Alemania, con objeto de atraerle patrióticamente al suplicio casero; puesto a la cabeza de una lista de perseguidos en Toulouse de la Francia; condenado desde su más temprana juventud por las iglesias reformadas de Alemania y Suiza, después de la publicación de sus «Errores de la Trinidad»; procesado en París por enseñanza de «astrología judiciaria» o adivinatoria; asaltado en Charlieu por los secuaces de un colega envidioso; detenido al fin —después de doce años de clandestinidad— y condenado a la hoguera en Vienne del Delphinado por la Inquisición católica, que habría de contentarse —ante su huida— con incendiar en lugar de sus carnes una effigie o muñeco de sus características, amén de sus libros, y quemando al fin en la más cruda realidad, con leña verde, en la ciudad de Ginebra, su vida fue una huida sistemática y permanente, y una también sistemática y permanente afirmación de su derecho a pensar, investigar y comunicar los resultados de su trabajo práctico-teórico. Huir sin cesar... Huir para no morir... No cesar para no morir en el sentido más profundo... ¡Servet, Servet!

Miguel Servet el hombre clandestino

Por el año 1532, a sus veintidós años, «muere» públicamente en Alemania y en Suiza Miguel Servet (es un decir,

pues habría de resucitar en 1553 para morir en seguida otra vez y ésta, ay, de verdad y para siempre en su carne mortal, ya que no en los caracteres de su contradictorio e indomable espíritu, y nace en Francia —París, Lyon, Montpellier, Charleu...— un «Villanovano», que en Vienne habría de ser el locamente famoso doctor en Medicina «Michel de Villeneuve», que se nacionalizaría francés (1548) y asistiría durante años, como un buen católico, a sus misas dominicales y otros oficios religiosos, como al más humilde hijo de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica y Romana, mientras preparaba en la soledad de su hombre secreto y verdadero la andanada que él pretendía mortal contra los errores de su tiempo y que sólo lo fue para su propia vida: su «Restitución del Cristianismo».

Hereje clandestino durante doce años en la Vienne del Delfinado, bajo la protección de quien fue su amigo en la vida universitaria de París, Pedro Paulmier, que había llegado por sus méritos a la sede arzobispal de Vienne, nos lo imaginamos conviviendo con las católicas fuerzas vivas de la ciudad, como un hombre ameno, docto e integrado, y lanzando a la par sus manifiestos y cartas, firmadas por un Servet no localizable, tal la que se suele citar como dirigida a Viret y otras veces al ministro ginebrino Abel Poupin: «En vez de Dios tenéis un perro de tres cabezas. Por fe tenéis un sueño determinista. Según vosotros, las buenas obras son imágenes vagas, sin contenido. Vuestra fe es mero humo. El hombre es para vosotros un tronco inerte y Dios una quimera de la voluntad esclava. ¡Qué pena, qué pena, qué pena!».

Miguel Servet: propaganda ilegal

A sus veinte años —después de haberse metido en líos en Toulouse, a donde su padre, notario de Villanueva de Sigüenza, le había enviado a estudiar Derecho— intentó publicar su primer libro, «Los errores de la Trinidad», en Basilea, pero el impresor Conrado Rouss, a quien se había dirigido, no se atrevió a ello, por temor a la represión, dadas las ideas del muchacho.

El cual se dirigió entonces a Juan Setzer, editor más «lanzados», si así puede decirse, quien imprimió el libro, sin caer, desde luego, en la torpeza de poner pie de imprenta en tan incendiario objeto. Esta edición se hizo en Haguenau, no lejos de Estrasburgo, y llegó a sospecharse quién la había hecho, no por los caracteres o tipos empleados, sino por el estilo de las historiaditas capitulares. El caso es que el libro fue secuestrado en Estrasburgo y prohibida su venta en todo el territorio.

Por cierto que un ejemplar de este libro fue conducido por manos piadosas a las no menos piadosas del arzobispo de Zaragoza, y ya desde entonces se decidiría en España quemar el libro junto a la efigie de su autor, así como proceder a su persecución. No es raro, en estas circunstancias, que nunca más volviera a la tierra que le vio nacer: Servetus o el Español Errante... De modo que llegó a naturalizarse francés, durante su estancia burguesa en Vienne, por dos razones, muy seguramente: de un lado, para asegurarse contra una posible extradición a España, y, del otro, para ponerse en buenas condiciones civiles frente al chauvinismo y la discriminación social de los franceses. Es curioso observar la cantidad de veces que, en sus discusiones, se le indica su condición de «español», o sea, de extranjero; pero ello no es sólo en Francia, sino también en Alemania y en Suiza. Eso cuando no le

ALGUNA BIBLIOGRAFIA

BARON FERNANDEZ, JOSE.—Miguel Servet, su vida y su obra». Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1970. Remitimos a la interesantísima bibliografía contenida en esta obra, a la que habría que añadir algunos títulos interesantes, entre ellos:

VILANOVANO, MIGUEL.—Descripciones geográficas del estado moderno de las regiones en la geografía de Claudio Ptolomeo Alejandrino». Edición del doctor José Goyanes Capdevila. Biblioteca Clásica de la Medicina española. Tomo X. Madrid, 1932.

RILLIET, JEAN.—Calvin». (Cap. 14: «La tragédie de Michel Servet») Fayard. París, 1963.

STEPHAN, RAOUL.—Histoire du protestantisme français». (Cap. 6: «Calvin à Genève») Fayard. París, 1961.

ZWEIG, STEFAN.—Castellion contre Calvin». Grasset. París, 1946.

CASTELLION, SEBASTIAN.—«De Haereticis an sint persequendi». Librairie E. Droz. Ginebra, 1954. Reproducción en facsimil con una introducción de Sape van der Woude.

VOLTAIRE.—Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones». Biblioteca Hachette de Filosofía. Buenos Aires, 1959. Cap. CXXXIV: «De Calvino y de Servet».

KINGDOM, ROBERT M.—Registes de la Compagnie des Pasteurs de Genève au temps de Calvin». Tomo II, 1553-1564. «Accusation et proces de Michel Servet», par Jean François Bergier. ¡Contiene las actas del proceso!

SASTRE, ALFONSO.—Flores rojas para Miguel Servet». Editorial Rivadeneira. Madrid, 1967.

Idem.—Il sangue e la cenere, Dialoghi di Miguel Servet». Feltrinelli, Milán, 1967.

Existe también una curiosa obra teatral de José Echegaray, en la que Miguel Servet es un principal personaje: «La muerte en los labios». Ver «Premios Nobel», de la Editorial Aguilar.

ALFONSO SASTRE

llamaban —como Lutero— «el Moro», o le decían mahometano, o judío, o agente del Gran Turco...

Veintidós años después volvería a los ajeteos de la impresión clandestina, con su magna obra, en la que incluyó su famosa descripción de la circulación menor (pulmonar) de la sangre: la «Christianismi Restitutio».

Acabado el primer manuscrito en 1546, siguió corrigiéndolo durante siete años, a la par que ejercía la Medicina en Vienne, y no sólo para los ricos (aunque tenía una buena clientela entre las autoridades), sino también para los pobres del hospital, respetado y querido por todos, hasta que decidió emprender públicamente (sin mengua de su clandestinidad) la gran batalla, que duraría sólo unos meses, y durante la cual sería condenado, como se ha dicho, por dos Tribunales —el católico de Vienne y el calvinista de Ginebra— a morir en la hoguera, y sería quemado también por dos veces: una en efigie y otra en su propia, triste y

asenderada carne. «Y estalló una guerra en el cielo», había escrito en griego —citando el Apocalipsis de San Juan— sobre la primera página de su obra. Terrible guerra. Odio teológico. «el peor de todos», como dice Voltaire en el famoso pasaje de su «Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones».

Las primeras gestiones para la impresión de su libro no dieron, lógicamente, resultado. El libro iba a aparecer sin firma, aunque con unas iniciales (M. S. V.): Miguel Servet de Villanueva) muy reveladoras; pero los riesgos del editor eran enormes en tan opresivo clima de terror. Por fin llega Servet, o mejor el «doctor Villeneuve», a un acuerdo con un impresor lyonés, Baltasar Arnoullet (que había establecido sigilosamente una imprenta en las inmediaciones de Vienne), de proceder a la impresión clandestina del libro, con obreros —Du Bois, Papillon y Straton— desconocedores del latín en que la obra había sido escrita e iba

Monumento a Servetus en Vienne del Delfinado, donde ejerció la Medicina durante varios años.



Portada del libro que, junto con la efigie del actor, fue quemado en España.



a ser publicada, lo que no les libró, por cierto, de la posterior represión: a los complicados en la edición y la distribución del libro les salió una media de tres años de cárcel, y actuaron en la causa las jurisdicciones civil —por propaganda, aunque el libro no llegó a salir ni en la Feria de Frankfurt, a la que se envió un paquete, ni en cualquier otra parte— y eclesiástica, que entendía precisamente de las «intenciones» aunque éstas no hubieran llegado a objetivarse en hechos públicos.

La denuncia desde Ginebra, dirigida por el mismo Calvino, reveló la verdadera personalidad (¡Miguel Serveti!) del doctor Villeneuve, y éste, por más que se defendió con astucias, negándose a sí mismo, dio con sus huesos en los calabozos del Palacio Del final, después de varios molestos interrogatorios.

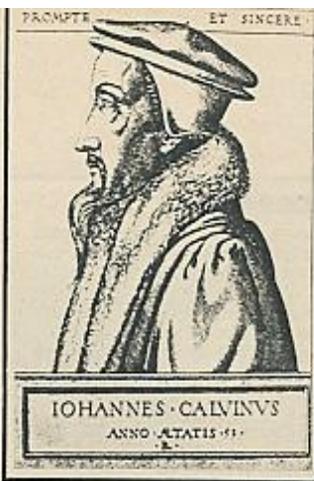
El viajero de hoy que vaya por carretera hacia Lyon desde el Sur, dejará a su derecha la ciudad de Vienne sobre su colina, mientras remonta por su margen izquierda el curso del Ródano. Por aquellos parajes (señalados hoy por otro monumento a Servet, entre las frondas de un parque) se desarrolló la emocionante escena de su fuga. Juzgado en rebeldía, fue condenado a la hoguera por «sedición, cisma, perturbación de la unidad y la tranquilidad pública, rebelión, desobediencia y evasión con fractura» (aunque, al parecer, se marchó abriendo las puertas necesarias).

El 17 de junio de 1953 se cumplió la sentencia quemando su efigie en la plaza de Charnève con todos los libros suyos que pudieron ser recuperados. Por entonces, aunque él no lo supiera, le quedaba de vida hasta octubre.

Proceso en Ginebra

Detenido en Ginebra el 13 de agosto, por agentes del Consistorio —institución que Stefan Zweig ha denominado como una «Gestapo de las costumbres»—, comenzó inmediatamente su proceso, sin que se sepa a ciencia cierta por qué habría elegido aquella ciudad teocrática, espiritualmente regida por Calvino (enemigo suyo de toda la vida), como etapa de su errabunda escapatoria o, lo que sería más raro aún, como objetivo de su viaje; pues hay quienes piensan que Servet fue allá con el deseo de enfrentarse dialécticamente con el austero, astuto y, al decir de algunos enemigos suyos, como Bolsec, sodomita Calvino.

Incide aquí la hipótesis de un Servet político que, conocedor de las tensiones entre los oprimidos liberales de Ginebra («libertinos») y el rígido teócrata, hubiera tratado de cubrirse con esa contradicción e incluso favorecer así la liberación de aquella ciudad, tan divertida y alegre en otros tiempos. Si parece cierto que Servet, durante el proceso, tuvo algún momento de mayor gallardía —contra lo que llamó la «tiranía sorbónica» de Calvino— que parece coincidir con el enfrentamiento entre el libertino Philibert Berthelier (Philibert y no Felipe, como leemos en la biografía citada de Barón Hernández) y el Pequeño Consejo, por un lado, y Calvino y el Consistorio, por el otro. Pero esta hipótesis es generalmente rechazada, aunque ya la sentencia de Vienne señalaba las acciones de Servet como atentatorias a la seguridad del Estado. En cuanto a su condición de anabaptista (los comunistas de la época, perseguidos por todas partes a sangre y fuego), parece seguro que Servet se hizo rebautizar, pero también lo es que él dijo, no sabemos si para quitar hierro a la acusación, no ser partidario de la comunidad de bienes: idea y práctica en las que residía la carga subversiva, político-social, del anabaptismo.



Juan Calvino, a los cincuenta y tres años de edad.

SERVETUS

Sea como fuere, sigue resultando extrañísimo que Servet fuera empaleado en una causa criminal sin otras pruebas contra él que la tentativa de expresar en libros sus ideas. Pues, si se sigue con alguna atención el proceso de Ginebra, se evidencia que se trató meramente de un juicio a las ideas teológicas de Servet; a sus objeciones al dogma de la Trinidad; a su opinión contra la eternidad del Hijo de Dios; a su crítica de la predestinación y de la justificación por la fe; a su panteísmo; a su rechazo del bautismo de los párvulos o de la pecaminosidad de las acciones antes de los veinte años...

Aunque es muy cierto que, durante lo que se suele llamar el segundo acto del proceso (el primero y el tercero tienen este contenido teológico), salen a relucir aspectos privados —¿vida licenciosa?, ¿impotente?— y públicos —¿actividades sediciosas?— de la vida personal del desdichado doctor.

Algunos ejemplos:

PROCURADOR.—¿Es usted casado o no?

SERVET.—No.

PROCURADOR.—¿Por qué?

SERVET.—Porque no me siento capaz, de resultados de una operación.

PROCURADOR.—¿Qué edad tenía cuando fue operado?

SERVET.—Creo que tendría unos cinco años.

PROCURADOR.—A usted se le ha oído comentar que no es necesario casarse habiendo tantas mujeres en el mundo.

SERVET.—No recuerdo haber dicho eso nunca, pero quizá lo dijera alguna vez bromeando y para ocultar mi impotencia.

Y en otro momento:

PROCURADOR.—¿Han sido sus antepasados judíos o ha tenido relación con ellos?

SERVET.—No he tenido relaciones de ninguna clase con judíos sobre asuntos religiosos, y yo no soy judío.

PROCURADOR.—¿A qué personas conoce usted aquí en Ginebra?

No podemos seguir aquí el curso complejo del proceso. Remitimos, para esta información, a cualquiera de los libros que anotamos al final, en la sujeta bibliografía que acompañamos a estas notas, y llamamos la atención sobre la forma y contenido de la «bár-

bara sentencia», que así ha sido, muy justamente, calificada. (Páginas 209 y siguientes de nuestras «Flores rojas para Miguel Servet». Editorial Rivadeneira, Madrid, 1967.)

La circulación de la sangre

El pasaje de la «Christianismi Restitutio» —espléndida, según la opinión de los especialistas— en que Servet describe la circulación menor de la sangre, no fue objeto de controversia alguna durante sus procesos. Así, pues, nada sería más falso que la imagen —«a la galilea», por decirlo así— de un Servet condenado a la hoguera por mantener la hipótesis científica de dicha circulación. Servet sería, según tan falsa imagen, una especie de anti-Galileo, que habría muerto en la hoguera antes que renunciar públicamente a la afirmación de una determinada trayectoria para la sangre. Sobre este tema —dada su extensión y especialización— hay que remitir también a la bibliografía, pero no puede cerrarse aquí sin que digamos algo que nos parece esencial. Lo haremos en varios puntos:

1.º El hecho de que la famosa descripción fuera incluida en un libro de teología —en vez de, por ejemplo, en su obra propiamente médica «Tratado de los jarabes»— no excluye que fuera el resultado de sus manipulaciones y observaciones experimentales. Es sa-

bido que trabajó en disección con el maestro Winterius (Juan Günther) y que éste le distinguió con sus elogios, al nivel de su otro discípulo —que llegaría a ser famoso anatomista— Andrea Vesalio.

2.º Sin embargo, también es cierto que el hilo conductor o el marco general de la investigación está en una línea teológico-metáforica: la consideración de la sangre como espíritu vital: la vida o el alma de la carne residiría en (o se identificaría con) la sangre.

En nuestro anterior «Ensayo sobre Drácula» (ver TRIUNFO núm. 460) hacemos referencia a esta tradición, en la que se inserta la célebre obra de Stoer; el antecedente servetiano y al, más antiguo e ilustre, «crystalógico». El párrafo, por intervención quizá de los llamados duendes de la imprenta, quedó ininteligible. Nuestra referencia era al Antiguo Testamento (detallamos ahora: Génesis, cap. 9, 4, 5 y 6; Levítico, cap. 7, 26-27, y Deuteronomio, cap. 12, 23-24), a la institución de la Eucaristía y al Servet de la sangre como espíritu «vital» y por tanto incomprendible estáticamente: sólo concebible o pensable en movimiento. También hay que recordar la Epístola I de San Juan (cap. 5, 7-8), según la cual «tres son los que testifican: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres coinciden en uno». Versículo relacionado, por lo demás, con el principal caballo de batalla de Servet: el problema de la Trinidad.

3.º Sin restar méritos a la descripción de Servet, ya hoy es cosa sabida —y el señor Barón Fernández nos informa muy justamente sobre ello— la existencia manuscrita de una descripción muy anterior: la del médico árabe Ibn An-Nafis —autor también de un «Tratado sobre el pulso»— en un «Comentario sobre la anatomía en el Canon» de Avicena. Por lo demás, la definitiva notación científica del descubrimiento se debe a Harvey, que nació en 1578 y publicó en 1623 su obra «Sobre la circulación de la sangre y el movimiento del corazón».

Por la calle de la Amargura

Reproducimos ahora, para ir acabando, nuestra descripción (obras ci-

tadas, páginas 217 y siguientes) del último trayecto de Servet en este perro mundo.

Cuya vida —a la que nuestro Miguel nos referimos— fue toda ella como una calle de la Amargura, con un último tramo que no sabríamos describir de otra manera a como ya lo hicimos del modo que reproducimos ahora. Extraño en el mundo, desventurado «outsider», peregrino en su Patria y fuera de ella, español errante —como aquel holandés maldito o el famoso judío de las viejas historias—, «homo viator» y cojitranco de las molestias de su quebradura, triste figura con una vena de majara sublime, ahí lo tienen ustedes, cómo llega a su término:

«Se formó la comitiva, con tiempo ventoso y amenazador de lluvia, a la puerta del obispado, y se hizo salir al Servet, el cual presentaba un color parecido al de la ceniza y una herida visible que algunos tomaron por una consecuencia de tortura.

«Se recorrieron sin incidentes dignos de mención los trescientos treinta y tres pasos que hay desde el obispado hasta la fachada del Ayuntamiento, aunque con cierta lentitud por el inseguro paso del río, que andaba vacilante y como a punto de caer y derrumbarse por los suelos, y con estremamientos debidos, quizá, al frío del ambiente.

«La fachada estaba dispuesta al efecto con un estrado, sillones para las personas ilustres (que fueron tomando asiento en tanto que la comitiva se aproximaba) y escudos y gallardetes de la República de Ginebra. Se había reunido bastante público, aparte el que acompañaba al cortejo desde el obispado, que también fue tomando posiciones frente a la fachada, al desembocar la comitiva en el lugar donde iba a celebrarse la ceremonia previa a la ejecución del hereje.

«Allí se le hizo ponerse de rodillas y el síndico municipal, D'Arlet, vestido de negro, dio lectura ante el pueblo a la sentencia; a lo cual, el condenado, en la posición genuflexa, empezó a dar grandes voces que decían: «¡Hoguera, no! ¡El hacha, el hacha!», suplicando sin duda con alto la gracia de que se le cortara la cabeza antes de quemarlo, «con el fin

CRONOLOGIA

1511 Nacimiento en Villanueva de Sigüenza.

1526 Entra como paje al servicio de Quintana, confesor de Carlos V.

1528 Abandona España y se establece como estudiante en Toulouse.

1529 Abandona Toulouse acompañando a Quintana en el cortejo del Emperador.

1530 Asiste a la coronación del Emperador en Bolonia.

1531 Se pone a la venta su primer libro: «De Trinitatis erroribus».

1532 Publicación de su segundo libro: «Dialogorum de Trinitate».

La Inquisición de Zaragoza empieza su proceso a Servet.

Se decreta su detención en Toulouse.

Primeras estancias de Servet en Lyon y París, utili-

zando ya el nombre de Michel de Villeneuve. Estudia en el colegio de Calvi y enseña matemáticas en el colegio de los Lombardos, de París.

1535 Aparece su edición de la «Geografía» de Ptolomeo en Lyon.

1536 Aparece su obra polémica «In Leonardum Fuchsium Apologia», también en Lyon.

1537 Publica su obra propiamente médica «Syruporum Universa Ratio» (Razón universal de los jarabes), en París.

1538 Audiencia ante el Parlamento de París, acusado de practicar la astrología judicial o adivinatoria, a propósito de su obra impresa en este año, «Apoletia disceptatio pro astrologia». Enardecido para él el am-

biente de París, traslada su residencia a Charlevoix (Loire), donde ejerce la Medicina durante dos o tres años. Asaltado en esta ciudad por unos partidarios de cierto médico enemigo de Servet, éste hiere a uno de ellos y abandona Charlevoix.

1541 Vive en Lyon.

Segunda edición de la «Geografía» de Ptolomeo.

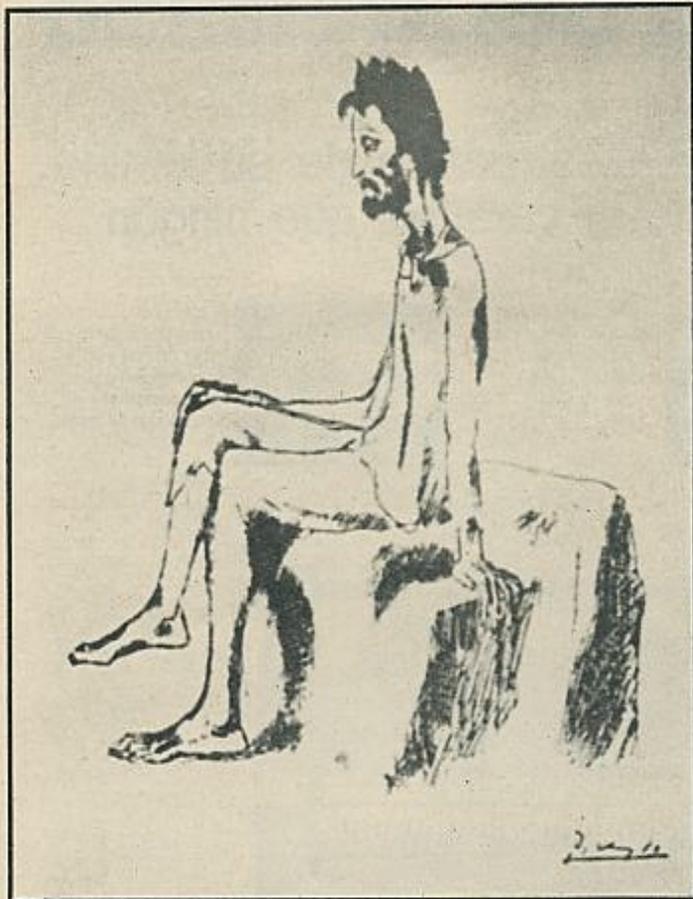
1546-1547 Establecido como médico en Vienne del Delfinado, mantiene correspondencia con Calvino, dirigente de la teocracia ginebrina. En el curso de esa correspondencia, le envía un manuscrito de su magna obra: «Christianismi Restitutio».

1552 Se publica secretamente en Vienne la «Christianismi Restitutio», obra que contiene su famosa descripción de la circulación

menor de la sangre y cuya impresión se acaba a principios del año siguiente.

1553 Febrero. La identidad de Servet es denunciada desde Ginebra a las autoridades católicas de Vienne, donde Servet ha venido trabajando como médico durante los últimos años bajo el nombre de Docteur Michel de Villeneuve. Marzo y abril. Interrogatorios a Servet en Vienne. 7 de abril. Servet se evade de la prisión de Vienne, donde es condenado a morir en la hoguera, sentencia que se ejecuta «en efligie».

13 de agosto. Servet es reconocido y detenido en Ginebra, donde comienza inmediatamente su proceso. 27 de octubre. Es quemado en la colina de Champel, a las afueras de Ginebra.



"Servetus, en la prisión de Ginebra", por Picasso.

—dice un autor— de que el dolor no le llevara a la desesperación" en los últimos momentos. También se le oyó decir: "Yo no he hecho nada que merezca la muerte".

•Se le aproximó entonces el señor Guillermo Farel, recién llegado de Neuchatel para la ceremonia, y le preguntó si estaba dispuesto a abjurar de su doctrina; a lo que el español respondió que no.

•Se puso en marcha la procesión, precedida por los trompeteros que entonaban la marcha fúnebre de los condenados a muerte y flanqueada por los arqueros, y por las antorchas, encendidas debido a lo temprano de la hora y lo oscuro del día. El itinerario fue el siguiente: Ayuntamiento, Puerta del Castillo (antigua arcada y plaza de Bourg-le-Four), calle de los Caldereros, hasta salir fuera de la ciudad por la Puerta de San Antonio, y tomar, por la ruta de la Malasombra, el camino de la colina de Champel. Antes de cruzar la puerta de la ciudad, conforme a la ordenanza, se le instó de nuevo a la retractación de sus errores y volvió a negarse a ello.

•El paisaje era el propio del otoño. Los árboles desnudos, el viento y la humedad, unido todo a los gemidos del condenado que repetía sin cesar: "Jesús, salva mi alma. Jesús, ten piedad de mí", y a las ropas negras, y al himno fúnebre, encogían el ánimo de algunas gentes que, o bien abandonaban el cortejo y volvían a sus casas, o permanecían en él mudos y como temerosos.

•Sobre este cortejo corren multitud de leyendas, como la que dice que maese Calvino lo vio partir desde una ventana próxima y que se sonrió ocultándose un poco el rostro con la mano y que "esto turbó a muchos

hombres piadosos y engendró el escándalo de los escándalos y dejó memoria larga e imborrable", y esa otra de que Servet, viendo a un pobre muchacho descalzo que caminaba junto a él y le miraba compasiva y amistosamente, se quitó los zapatos y se los dio diciéndole que él ya no había de necesitarlos más.

•Guillermo Farel asistió espiritualmente al condenado durante el camino hasta el Campo del Verdugo, y trató de convencerle con buenas palabras de lo conveniente de su retractación, a lo que Servet, que en esos momentos parecía un hombre de muchísima edad, respondió diciendo que ojalá Dios fuera misericordioso con sus acusadores; provocación a la que el señor Farel respondió amenazando con abandonarle "y no hacerle más compañía, aunque su deseo era acompañarle hasta que hubiera exhalado el último suspiro", y le dijo así: "Después de todo lo que has hecho, ¿todavía te quieres justificar?". El condenado entonces guardó silencio y siguió después con su soliloquio, que era como un murmullo: "Dios, ten piedad de mí".

•Llegados al Campo del Verdugo, donde ya estaba preparado el poste y junto a él los haces de leña, se detuvo la comitiva. Farel dirigió a los asistentes un discurso en el que acusó al Servet de haber pecado contra "el hijo eterno de Dios", pero en ese momento fue interrumpido por el condenado con estas palabras: "¿Cómo? ¿El hijo eterno de Dios? Si es hijo, ya no es eterno, ¡ignorante!". El señor Farel se dirigió entonces a todos haciéndoles ver, por esta muestra, el poder que ejerce Satanás sobre algunas almas. "Era un sabio —dijo piadosamente—, pero cayó en las garras del demonio, que ya no le

soltará nunca. Tened cuidado de que a vosotros no os suceda lo mismo".

•A continuación, el ejecutor de la justicia trató de sujetar al condenado al poste; lo cual había de hacerse con cadenas para evitar que, de amarrarlo con cuerdas, al quemarse éstas el cuerpo del condenado se desplomara sobre el brasero. Pero el condenado se resistió, y arrojándose al suelo restregaba su rostro por la tierra a la par que lanzaba espantosos aullidos, cosa poco conforme, verdaderamente, con la serenidad con que suelen morir los mártires.

•(Mediodía del 27 de octubre: la sentencia es cumplida.)

•Lo sujetaron por fin, con mucho trabajo, entre varios ayudantes, y fue atado al poste del siguiente modo: el cuerpo con varias vueltas de cadena, y las manos sujetas una con otra, del mismo modo, y entre ellas un ejemplar de su obra. Con una cuerda fuerte le sujetaron el cuello al poste, dándole cinco o seis vueltas, hasta que él pidió, por favor, que no le apretaran más, que no podía resistirlo y que se ahogaba. Se le colocó en la cabeza una corona de paja y azufre y, ya todo dispuesto, se cantó un salmo.

•Al terminar el salmo, preguntó el señor Farel al condenado si tenía algo más que decir, y él manifestó que pensaba en Dios y no se le ocurría palabra alguna. Se dio señal al verdugo y éste encendió una antorcha y la mostró al público trazando círculos con ella por encima de su cabeza.

•Al ver el fuego de la antorcha, el condenado "dio un grito clamoroso con tal horror que el pueblo retrocedió espantado, pero no pudiendo moverse por razón del cuidado con que se habían hecho las ligaduras, el ejecutor no tuvo dificultad alguna para prender fuego a los haces de leña y a la corona, cuyas llamas azules surgieron en su cabeza entre los gritos bestiales del condenado.

•La ejecución se realizó con alguna dificultad por razón de que la leña estaba bastante húmeda "con el rocío de la noche" y también porque empezó a soplar "un gran viento", que desviaba las llamas del cuerpo que tenían que quemar, así como porque la leña no era muy abundante. Por todo ello, la ejecución duró aproximadamente dos horas. El condenado, "envuelto entre el fuego y el humo, se retorció de dolor" y "pedía a grandes gritos la muerte", vociferando ante sus ejecutores: "¡Qué! Con lo que me habéis robado, ¿no habéis tenido para leña? ¿No habéis podido reunir la suficiente para consumir a este misero?".

Corren varias leyendas sobre los incidentes sobrevenidos en el cumplimiento de esta sentencia y posteriormente. Así se dice que algunas gentes piadosas traían leña seca y la ofrendaban en la hoguera para abreviar la duración imprevista del suplicio; también que maese Calvino asistió a la ejecución desde una casa próxima; también que Nicolás de la Fontaine —su acusador privado— apareció acuchillado en el bosque poco tiempos después; también que algunos de los asistentes a la ejecución murieron locos.

Por fin la ejecución llegó a su término, y entonces se pudo ver, entre el humo, «una cadena incandescente y una masa carbonizada». Según informes no comprobados, «por orden de Juan Calvino fueron aventadas las cenizas», en ese mismo día 27 de octubre del año de gracia de 1553. LAUS DEO. ■ A. S.

triumfo

CRONICA DE CUATRO MESES, DE JUNIO A NOVIEMBRE.

LA PROXIMA SEMANA

triumfo

PUBLICARA UN NUMERO

EXTRA

de 104 páginas

UN DOCUMENTO IMPRESCINDIBLE

PARA LA COMPRESION DE CIENTO VEINTE DIAS DE NUESTRO TIEMPO.

triumfo

EXTRA

LA PROXIMA SEMANA